

BIOGRAFIA ESTRANJERA.



JULIO II.

Julio II, ciento vigésimo Papa, nacido en Abizal, aldea inmediata á Saxona, sucedió á Pio III, en la noche del 30 de Octubre al 1.º de Noviembre de 1503. Era antes de ascender al pontificado el famoso Julian de La Rovere, sobrino del Papa Sixto IV, y elevado por él al cardenalato. Según Guichardin, había asegurado tan bien su elección con sus intrigas y promesas que desmintió el proverbio, «el que entra Papa en el Conclave, sale de él Cardenal.» Desde el segundo año de su pontificado se manifestó su carácter belicóso. Pedía á los Venecianos muchas ciudades de que se habían apoderado, y pretendía eran pertenecientes al patrimonio de S. Pedro. En vista de la negativa del Senado de Venecia, firmó contra aquella república una liga poderosa con el Emperador Maximiliano, el Rey de Francia Luis XII, y tres ó cua-

tro Príncipes de Italia. Espantóse Venecia y pidió merced, pero no á los soberanos que habian de suministrar los ejércitos; devolvió al Papa algunas de las ciudades que reclamaba, y Julio II abandonó á sus aliados. Este Pontífice guerrero dedicó á otra parte las fuerzas que habia reunido. Era septuagenario y mostraba tal juvenil vigor, que algunos historiadores le han comparado al *Gran Tamerlan*. Julio II quitó la ciudad de Perusa á la familia Baglioni, y la de Bolonia á los Bentivoglio. En vano le ayudó Luis XII á esta última conquista; el Papa le recompensó suscitando la revolucion de los Genoveses contra los Franceses, y llamando á Italia al Emperador Maximiliano para oponerle á las empresas de su Rey. Luis XII disipó aquellos recelos con su moderacion, pero el ejército imperial iba siempre adelan-

tando y Julio II se hallaba demasiado embarazado con él, para que no contemporizase con el Rey de Francia. Venecia le tranquilizó negando el paso á las tropas de Maximiliano, y el año siguiente, en 1508, pagó á la república sus servicios con una nueva ingratitud. El Papa no podía sufrir que las plazas de Rávena, Cervia y otras permaneciesen en poder de los Venecianos, y no pudiendo recobrarlas con sus solas fuerzas, consiguió con sus artificios volver á anudar la liga que habia roto. Firmóse en Cambray, entre Maximiliano, Luis XII, Fernando de Aragon, y el Cardenal de Amboisa, legado de la Santa Sede. Pero Julio II no firmó aquel tratado de alianza sino despues de haber intentado en vano inducir á los Venecianos á una restitucion voluntaria. Principió la guerra con sus anatemas, y los Venecianos tuvieron la candidez de apelar al futuro concilio, pero los rayos de Roma solo habian espantado á un centenar de frailes, y si las armas de la Francia y del Imperio, no hubieran auxiliado á las espirituales de Julio II, el Dux y el Senado no se hubieran humillado á los pies del altivo Pontífice. Este abandonó aun otra vez á sus aliados, á quienes temia mas que á los Venecianos: bajo el pretexto del nombramiento para los obispados vacantes que se disputaban el Papa y el Rey de Francia, Julio II suscitaba por do quiera enemigos á Luis XII, esplotando al efecto á los Suizos y á los Ingleses. Pero la ocupacion de las temporalidades de los obispados del Milanesado y la firmeza del Rey de Francia le impusieron, y aun supo aprovecharse de este acto de humillacion, que le devolvía el favor de su poderoso enemigo, para hacer sufrir á los Venecianos las condiciones mas humillantes, y para espulsar á sus gobernadores de las plazas reclamadas por la Santa Sede.

Julio II dominado por el demonio de las batallas atacó en 1510 al Duque de Ferrara y le quitó la Mirandola. Recompensó la fidelidad de la casa de Aragon, dando á Fernando la investidura de Nápoles, despreciando los derechos y pretensiones de Luis XII, cuya complacencia habia ya olvidado. A las amenazas de aquel Príncipe, contestó con una excomunion de la cual se rió Luis XII, convocando un concilio galicano en la ciudad de Tours. En él examinaron los obispos de Francia las pretensiones de la Corte de Roma, y la conducta particular del Pontífice. Luis XII se puso de acuerdo con el Emperador para la convocacion de un concilio general, y Mariana asegura positivamente que Maximiliano deseaba suceder á Julio II en la Santa Sede.

El obstinado anciano, abandonado por una parte de sus Cardenales, sitiado en Bolonia por el Mariscal Chaumont y por los Bentivoglio, solo se salvó por la lentitud de sus enemigos, que dieron lugar á que Fabricio Colona entrase en la plaza. Libróse algunos dias despues, y solo por efecto de la casualidad, de un centenar de hombres de armas con los cuales el caballero Bayardo se proponia arrebatarlo. Pero el temor de ser depuesto le acompañó en su refugio de Rávena. Desde el momento de su salida de Bolonia,

el pueblo habia destruido su estatua, y abierto las puertas de la ciudad á los Bentivoglio. La convocacion del concilio general estaba fijada en toda Italia; se habia señalado la ciudad de Pisa, y prevenido al Papa que compareciese allí. Julio II no halló otro medio de conjurar la tempestad, que el convocar él mismo un concilio en Roma, y fijó su apertura para el 19 de Abril de 1512, á pesar de ser la bula de convocacion de 18 de Julio de 1511. Al mismo tiempo escomulgó á los Cardenales Carvajal, Bricconnet y Borja, que estaban á la cabeza del concilio de Pisa, y el Rey de Aragon y de Nápoles tomaron las armas para defender su causa. Los Venecianos entraron en aquella liga que se llamó Santa; pero la batalla de Rávena, el agente mas poderoso del concilio de Pisa, hubiera hecho á los Franceses dueños de la Santa Sede y de la Italia, si la muerte de su General Gaston, y la poca habilidad de los demas gefes, no les hubiesen arrebatado el fruto de aquella victoria. Julio II que habia estado muerto de miedo, se tranquilizó con las seguridades de los embajadores de España y Venecia, y puso el reino de Francia en entredicho. Impelió al Rey de Inglaterra Enrique VIII á declarar la guerra á la Francia, y por favorecer la ambicion de su aliado Fernando, pronunció la deposicion del Rey de Navarra, que habia seguido el partido de Luis XII. Aquellas luchas dignas del siglo XII no hubieran arrojado á los Franceses de Bolonia y de Milán, si no las hubiesen apoyado un ejército de 18,000 Suizos. Julio se aprovechó de aquel socorro para despojar al Duque de Ferrara, para restablecer los Esforcias en Milan y las Medicis en Florencia; para fomentar en fin la sedicion que arrebató Génova á Luis XII. Pero su ambicion quedó burlada contra la Francia misma, y su cólera estalló contra el propio Fernando de Aragon á quien tanto habia acariciado, porque el Rey de España no habia ido con los Ingleses á la conquista de la Guyena. Sin embargo habia abierto el concilio de Letran, y despues de haber sacado de él algunos reglamentos para la disciplina de la iglesia, no se servia mas de él que para apoyar sus empresas y diatribas contra el Rey de Francia. La muerte le puso término, muriendo este anciano enfermizo y pendero el 23 de Febrero de 1513.

Decíase de él que habia arrojado las llaves de San Pedro al Tiber, para no hacer uso mas que de la espada de S. Pablo. Los Franceses le acusan de grande ingratitud hácia un pais, que durante el terrible reinado de los Borjas, le habia dado asilo. Sucedióle en la silla de S. Pedro, Leon X.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

LOS MORISCOS DE VALENCIA. (1)

En seguida nombró al Alfaquí Amira para todo lo concerniente á la administracion de Justicia, re-

(1) Véase el número anterior.

ni los gritos de la muchedumbre. Pero si debilitados con la lucha contra un clima nuevo, detenían su marcha, el látigo de los traficantes en esclavos, les recordaba pronto que ni derecho tenían para descansar.

No sé si la vista de tantas miserias dejó de conmover secretamente á aquellos romanos tan sedientos de espectáculos y de dominación, pero no se advirtió en la multitud señal alguna de piedad; ningún ojo se bajó, ningún grito de compasión se hizo oír.

Cuando un pueblo entero sufre una calamidad que alcanza de un solo golpe á todas sus dichas, la individualidad de cada una de ellas se borra por decirlo así en aquella desgracia general, y los rostros se parecen. Sin embargo, entre los millares de víctimas que atravesaban á Roma, había una cuyo semblante parecía mas inquieto, que padecía aun mas que los otros, pero dando al propio tiempo mayores señales de decisión y de valor. Era el de una muger de unos treinta y cinco años, cuyas miradas no se apartaban de un niño que iba á su lado. Cuantas angustias puede padecer el corazón de una madre se espresaban en aquellas miradas; pero además del dolor que se veía en el semblante de todas las madres, hallábase en aquel no sé qué santa energía, ni qué sublime protección.

La historia de aquella pobre muger era poco mas ó menos la de todas sus compañeras. Había visto perecer á su lado á su esposo y al mayor de sus hijos, y después ella y el mas pequeño habían sido hechos prisioneros. Pero las dolorosas pérdidas que había experimentado, en nada habían disminuido su maternal solicitud; olvidaba sus penas para no pensar mas que en su hijo. Sin duda había amado mas y mejor que las otras, pues solo los corazones que rebozan ternura, permanecen tan decididos y fuertes en los momentos de agonía, y no sepultan un amor en las ruinas de otro.

Aquella muger se llamaba Norva. Su hijo Arvinos, de doce años de edad, iba silencioso á su lado. Su marcha firme y grave, su silenciosa resignación, su expresión tranquila, atestiguaban fuertemente su origen. Colocadas sus manos en el cinturón de su túnica, con la cabeza erguida y el ojo enjuto, seguía sin proferir una sola queja á los que iban delante de él. Y sin embargo, había todavía en medio de su juvenil fuerza bastante de la fragilidad de la infancia, para que no se atribuyera á debilidad su llanto. El también sacaba sin duda su valor de la vista de su madre, pues cuando sus ojos se encontraban, levantaba mas su frente, y apoyaba el pie en el suelo con mas firmeza.

Padecía con todo cruelmente, pues pensaba en lo pasado, y sus compañeros le habían hecho entender lo que sería el porvenir. Pero sentía que aquel pasado tenía aun para su madre mas crudos pesares; adivinaba que el porvenir la oprimiría aun á ella con mas fuerza, ¡á ella débil y pronto anciana! y ocultaba cuidadosamente sus propios males.

La vista de Roma y sus monumentos, en nada

distrajo el dolor de Norva; los ricos palacios, los soberbios templos de la ciudad por excelencia pasaron como sombras ante sus ojos; pero Arvinos, á quien su juventud le preservaba de esos pesares sin tregua que obligan al alma á seguir siempre el mismo surco, se admiró de las maravillas que veía. Su aspecto permaneció grave, pero poco á poco la expresión de tristeza que se entreveía tras aquella gravedad, cedió á la admiración. Aquella multitud de estatuas de mármol y de bronce, aquellos templos rodeados de columnas, donde producía la claridad tan mágicos efectos, aquellas hileras de palacios con sus ricos vestíbulos, sorprendieron vivamente al niño. No se cansaba de mirar en medio de aquellas magnificencias del arte á centenares de hombres que se envolvían en la púrpura, ó que llevaban con la celeridad del rayo sus carros dorados.

Pero al llegar á la plaza del Foro, su admiración se trasformó en asombro. Todos los mejores edificios de Roma estaban en aquel recinto dominado por el Capitolio. La vista de Arvinos corría de uno á otro templo, de las basílicas á las estatuas doradas, y por do quiera veía igual elegancia, un esplendor igual. El joven armórico se preguntó á sí mismo, si todo lo que le rodeaba era verdaderamente obra de los hombres.

Al llegar al centro de la plaza paróse la comitiva; allí era donde debía verificarse la separación de los prisioneros; allí era donde cada cual debía seguir al corredor que lo había comprado á la república, hasta que lo revendiera á su vez, al dueño que por decirlo así debía bautizarlo esclavo.

Arvinos recordó cruelmente su situación y la de su madre, al conocer que habían llegado al fin de su carrera. Pronto desapareció la especie de encanto á que se había entregado, para reemplazarle la inquietud. ¿Qué iba á ser de ambos? ¿tendrían un amo común?... ó sería preciso añadir aun á tantas otras desdichas, la de una separación?

Sofocados por el calor los armóricos, poco antes tan fuertes en su áspera atmósfera, se tendieron en los sillares que formaban el pavimento del Foro, buscando con avidez la sombra de los edificios, de las estatuas y hasta de las mas débiles columnas. Esta vez la casualidad fue propicia á Norva y á su hijo pues los colocó bajo las grandes sombras que esparcía la grande higuera del lago Curtio.

La endurecida voz de los corredores tardó poco en interrumpir aquel ligero descanso. Hízose señal á los prisioneros de que se levantáran; procedióse á su reparto, y cada esclavo se llevó consigo su lote de prisioneros.

Arvinos y su madre habiendo sido adquiridos de la república por el mismo tratante, fueron conducidos con una treintena de sus compañeros á una taberna inmediata al templo de Castor.

La venta definitiva no debía verificarse hasta algunos dias después, cuando hubiesen descansado los cautivos, pues los romanos solo querían esclavos sanos de cuerpo, hermosos y fuertes. Aquella salud que pa-

gaban como un objeto de lujo, se destruía bien pronto con las fatigas de la servidumbre; pero ínterin duraba, era á lo menos para los palacios, un hermoso adorno del que se vanagloriaba la vanidad de los mas ricos.

Cuando ya se habia satisfecho al orgullo nacional mostrándole el abatimiento de una nacion vencida, era preciso pensar en satisfacer otras exigencias: era necesario adornar la mercadería que se habia de presentar á los compradores; jengordar el ganado... esa era la noble ciencia de los corredores.

Apenas los armóricos, entre los cuales estaban Norva y su hijo, hubieron entrado en la taberna de que hablamos, les cuidaron de mil maneras: habíase preparado abundante comida, y antiguos esclavos tuvieron el encargo de atender á sus necesidades.

(Se continuará.)

POESIA.

De tinieblas su lóbrego torrente
la noche pavorosa contenia:
en las cumbres rosadas del oriente
el alba sonriendo renacia.

Era el momento en que benigno y puro
un abismo de luz lanzaba al sol,
cuya lumbré pintaba el huerto oscuro
con reflejos de gualda y arrebol.

En que blanda la brisa prodigaba
sus lágrimas de nacar al vergel,
y la tórtola dulce suspiraba
tímido amor, que sucumbiera en él.

Deslizábase manso un arroyuelo
jugando con las flores al pasar,
cual si fuese reptil que por el suelo
viéramos luminoso rastrear.

Y en su espejo pacífico y sereno
saltaban empapándose á la vez,
ya el anade sutil de pompa lleno,
ya el inconstante y bullicioso pez.

Y víanse las hojas inclinadas
del cauce abalanzarse al manantial;
rizando con sus verdes enramadas
la muelle superficie del cristal.

Yo probaba el encanto de la vida
en el fresco recinto del jardin,
y mi mente á su influjo enardecida
copa apuraba del gozar sin fin.

Porque era aquel un tiempo de locura
que ser dichoso el corazon juzgó,
y ante un ángel de cándida hermosura
con insólito fuego palpitó.

Era un tiempo febril, infortunado,
de crápula y estruendo mundanal,
á la austera virtud siempre negado,
mas siempre envuelto en súcia bacanal.

Ominoso recuerdo el de ese dia
consignado á mi ardiente juventud,
en que al son de fantástica armonia,
y á despecho de Dios y la virtud

«Deten, cantaba, tu fagaz carrera,
tiempo cenido de precoz laurel;
inmóvil fija rutinante esfera
do germinen los goces en tropel.»

«¿Qué he de ser yo sin ilusion ferviente,
sin ensueños de gloria, sin amor,
abrigando un espíritu indolente
al don mas noble y al vivir mejor?»

«Ave del aire sin mullida pluma,
poeta sin sublime inspiracion,
astro eclipsado en tenebrosa bruma
y góndola sin remos ni timon.»

«Yo me quiero lanzar de aqueese mundo
al centro inquieto, al lúbrico festin;
quiero saciarme de placer inmundo,
por mas que venga á detestarle al fin.»

«Quiero guirnalda de arrayan! esquivo
en torno de mi frente entreteger,
y por único Dios tener lascivo
el beso encantador de la muger.»

Tal devoraba, sin prudente freno,
delirio atroz mi loca fantasía,
cuando en noche profunda ronco trueno
tornó el encanto del risueño dia.

Triste, abatido, de temor convulso,
el himno infando con horror callé,
y el harpa libre, vacilante el pulso,
bajo sauce funéreo repudié.

La tempestad con ímpetu violento,
los árboles frondosos doblegó,
y el crudo azote del rabioso viento
las flores delicadas arrancó.

Cesado habia el plácido gorgceo,
que antes moviera risueño gentil;
ya no inspiraba criminal deseo
el aroma suave del pensil.

Al trastorno infernal de la tormenta,
al crugido del rayo vengador,
¿quién ilusiones fomentar intenta,
ni quién se enciende en voluptuoso ardor?

Maldito! dije, el que vencer procura
belleza débil con sañudo afan,
pues canta ufano en la mañana pura
y arrolla su delicia el huracan.

No quiero, no, sobre mi frente esquivo
guirnalda de arrayan entreteger,
que es anatema demandar lascivo
el beso encantador de la muger.

R. MONJE.